

en que estaba la cruz, y los puso en libertad. Perdonó también á los otros la vida, pero sin darles libertad; trabajó largo tiempo en su conversión, consiguiéndolo en algunos y dejando á los otros en la cárcel hasta que murieron. Solo el herejarca Basilio fué condenado á la pena del fuego, y en él dió únicamente pruebas de obstinación.

Mas adelante tuvo también que reducir el emperador á otros paulicianos herederos de las máximas y del espíritu revolucionario de aquellos á quienes Juan Zimisce habia trasportado en otro tiempo desde el Asia á Tracia. Fué necesario emplear las armas contra estos; pero Alejo, luego que fué posible, volvió á su moderación natural, y á los medios de persuasión, y tuvo la dicha de atraer una multitud á la sana creencia, y aun á algunos de sus gefes. Poco tiempo despues de tan dignas obras murió Alejo, primero de este nombre, en 15 de agosto de 1118, dejando la corona á su hijo Juan Comneno, llamado el hermoso ó Calo-Juan.

Nos quedan de Alejo muchas constituciones ó declaraciones que suministran noticias interesantes acerca de la disciplina y régimen eclesiástico de los orientales de aquel tiempo. En ellas se ve la cantidad con que los fieles contribuían en primicias ú oblacones anuales en provecho de su obispo. Una aldea de treinta familias daba una pieza de oro, dos de plata, seis medidas de harina, otras tantas de cebada, seis también de vino, un carnero y treinta gallinas. La retribución aumentaba ó disminuía en razón del mayor ó menor número de personas de que constaban las familias. Por conferir las órdenes recibía el obispo siete piezas de oro: una por las órdenes inferiores, tres por el diaconado, y tres por el sacerdocio. Podía el emperador arreglar segun su prudencia (y este poder le habia sido dado por un Concilio) todo lo perteneciente á la elección de los obispos

y á la disposición de obispados. Tenía también el poder todavía mas singular de erigir los obispados en metrópolis. Por otra parte la visita y la corrección de los monasterios estaban encargadas al patriarca en toda la extensión de su jurisdicción ordinaria. Eran declarados nulos los esponsales contraídos á la edad de siete años, y se exigía para ellos que los contrayentes tuviesen la edad de doce ó catorce años.

No faltan tampoco algunas particularidades notables en las constituciones que la emperatriz Irene, muger de Alejo, dió segun el derecho y uso de los griegos á la comunidad de mugeres que ella habia fundado en Constantinopla. Este monasterio, consagrado á la Virgen nuestra Señora bajo el nombre de *Llena de Gracia*, debía tener veinticuatro religiosas, número que podia subir hasta cuarenta si las rentas fueran en aumento. Gozaba de una completa esención respecto del emperador, y aun del patriarca, y en general de todo poder eclesiástico y secular; pero respetaba principalmente bajo el título de protectora á la emperatriz Irene, á quien despues de su muerte debia reemplazar en esta cualidad una princesa de su familia. No tenía mas que un padre espiritual ó director, dos capellanes sacerdotes y un mayordomo para los negocios de fuera, y todos cuatro debían ser eunucos. Todas las religiosas dormían en un aposento comun, á la vista unas de otras; trabajaban también todas juntas, y una leía durante la labor. Ninguna tenía cosa alguna propia, y la pobreza evangélica era rigurosamente observada. Sin embargo, si una princesa de la sangre tomaba el velo en aquella casa, no estaba obligada á la observancia de la regla tan estrechamente como las demas. Para todas en general la clausura era menos severa que en estos últimos tiempos: las mugeres, especialmente las parientas cercanas, podían entrar en

lo interior del monasterio; y los hombres hablaban junto á la puerta á la religiosa á quien hacían llamar y esta acudía acompañada de una anciana. Las que eran de una experimentada virtud podían salir en ciertas ocasiones, como por ejemplo, cuando sus padres estaban enfermos.

La iglesia de Jerusalem iba adquiriendo de dia en dia una nueva prerogativa, porque los gefes del principal Estado de los latinos en Oriente, y los Papas solicitados de continuo por ellos, creían ser poco todo lo que concediesen para el esplendor de una iglesia tan maravillosamente libertada del yugo de los infieles, y mirada como el precio inestimable y el término afortunado de tantos peligros. Habiendo el rey Balduino, sucesor de Godofredo, pedido al Papa Pascual que todas las ciudades y provincias que pudiese conquistar quedasen sometidas á la jurisdicción del patriarca de Jerusalem, no tuvo el Papa dificultad alguna en concederle, bien que suponiendo la imposibilidad de conocer los límites respectivos de los antiguos distritos, confundidos por la larga tiranía de los musulmanes (1). Balduino y Gibelino, que era entonces patriarca, procedieron á una ejecución absoluta, como si no tuviese la bula cláusula alguna de excepción; y esta fué la causa por qué Bernardo, patriarca de Antioquia, se quejó al Papa, el cual entonces escluyó formalmente de la concesión las iglesias cuyos límites permanecían ciertos y conocidos, ordenando en cuanto á estas que prevaleciese la antigua posesión (1113) (2).

Gibelino, arzobispo de Arlés, habia sido enviado á Jerusalem en calidad de legado, para restablecer el orden gerárquico en aquella primera Silla, de la que el patriarca Daimberto habia sido espulsado sin causa por la

violencia del rey Balduino y las maniobras del arcediano Arnulfo ó Arnoldo. Con este motivo acudió Daimberto con sus quejas á Roma, y habiendo conseguido justicia le mandaron volver á ocupar su Silla; pero puesto en camino murió en Sicilia (1107). Antes de su muerte y tan luego como fué espulsado, le habian dado en Jerusalem un sucesor llamado Ebremar, y á este intruso, hombre ignorante é instrumento pasivo de la ambición refinada de Arnulfo, le depuso el legado Gibelino con los obispos de Palestina. Cuando se trató luego de elegir un patriarca legítimo, todos los votos se reunieron á favor del legado. Se dice que también fué esto un efecto de las intrigas de Arnulfo, que encumbrando á la Silla patriarcal á un viejo casi decrépito, se preparaba los medios de ascender él mismo muy en breve á esta dignidad; y en efecto, muerto Gibelino en el año de 1112, el ambicioso y viejísimo arcediano llegó por último á ser patriarca.

En el año anterior habia muerto en la Pulla Boemundo, príncipe de Antioquia, estando á punto de volverse al Oriente. Era este el segundo viaje que verificaba á Europa á fin de alentar mas y mas á los héroes cristianos á que fuesen á recojer la rica cosecha de gloria, los grandes dominios y los principados que les aguardaban, segun les decía, en Asia. Llegó hasta Francia en su primera misión, donde recorrió todas las ciudades de alguna consideración, siendo recibido por el clero y por los pueblos con una especie de veneración religiosa (1). Regalaba á las iglesias reliquias insignes que se habian recobrado en el Oriente, diferentes porciones de un rico botín, vestidos de seda, piezas de púrpura, armaduras célebres y muebles curiosos y únicos en su clase. En Chartres y en Poitiers, subió á

(1) Pasch. II, ep. 18.

(2) Epist. 28.

(1) Guill. Tyr. lib. 11, cap. 2.

una tribuna, enumeró las batallas en que se había hallado, y con la pintura de sus ventajas ó de sus riesgos escitó la esperanza de llegar, imitándole, á la soberanía, ó el noble deseo de reprimir la audacia y orgullo impio y de los infieles. Como Limosino colgó unas cadenas de plata en el sepulcro de San Leonardo, en reconocimiento, segun decia, de haberse libertado de la esclavitud por su invocación.

Difundió Boemundo por todas partes el heroísmo y entusiasmo que respiraba: muchos tomaron la cruz y emprendieron el viaje de ultramar con el mismo júbilo que si cada uno estuviese seguro de ir á tomar posesion de un trono, ó de hallar allí abierta la puerta del cielo. Todo el mundo salia al encuentro por donde quiera que iba Boemundo: los obispos y los abades disputaban sobre quién habia de ser el primero en recibirle y en detenerle mas tiempo consigo; y los señores le rogaban que fuese el padrino de sus hijos. El rey Felipe, que vivia aun, le dió en matrimonio (1106) á su hija Constanza, que habia tenido de su esposa la reina Berta, y le concedió á Cecilia, hija de su matrimonio adulterino con Bertrada, para su primo ó sobrino Tancredo, regente en su ausencia del principado de Antioquia. No recogió Boemundo los frutos que podia esperar de su viaje á Europa, porque espiró antes de volver al Asia, dejando un hijo demasiado jóven para gobernar un Estado cuya defensa exigia un héroe, razon por que el valiente Tancredo fué declarado príncipe de Antioquia; pero no sobrevivió á su tio mas que un año.

En Jerusalem, la conducta del rey Balduino fué tal, cual podia esperarse de un príncipe gobernado por un obispo disoluto; porque si la vida de Arnulfo habia sido escandalosa en la clase inferior de arcediano, cuando se vió patriarca no guardó límites algunos. No se avengonzó de despojar á su

iglesia de los bienes adquiridos á costa de la mas preciosa sangre de los cristianos, para adjudicarlos á personas de su familia. Para casar á una de sus sobrinas con Eustaquio, señor de Sidon y Cesarea, la dió en dote Jericó y sus dependencias, que eran la mejor posesion de la iglesia patriarcal. Balduino, gobernado por este prelado sin freno, y aunque casado legitimamente, solicitó como si estuviera libre la alianza de Adelaida, condesa de Sicilia, viuda del conde Rogerio, hermano del célebre Roberto Guiscard, y tia de Boemundo, familia ilustre, cuya venganza provocaba con la avaricia y la supercheria mas insultante. Pero estaba tan exhausto su erario que tocaba ya en la miseria; y la condesa regenta de Sicilia, que reunia al deseo de grandes títulos el de los grandes tesoros, habia acumulado sumas inmensas. Era su flaco principal la ambicion de elevarse, y no fué difícil ganarla para un matrimonio que la hacia reina. Al punto que se lo propusieron consintió sin mas exámen, y se puso precipitadamente en camino para Palestina, donde con su corazón llevó tambien su dinero (1115), y se casó con Balduino, ignorando, segun se dice, que viviese todavia la muger de este que él habia alejado de allí. Cuatro años despues, á consecuencia de una orden del Papa, tuvo Arnulfo ó Arnulfo que anular este último matrimonio, y Adelaida fué despedida justamente por su esposo sacrilego, el cual no tuvo escrúpulo en quedarse con los tesoros que le habia llevado. Murió por fin Balduino al año siguiente 1118, siendo su sucesor en el reino Balduino del Burgo, pariente suyo, á quien habia cedido el condado de Edesa cuando se encumbró á la dignidad Real. Murió tambien en el mismo año el Patriarca Arnulfo, y le sucedió Gormundo, natural de Pequigny en la diócesis de Amiens. Estos nuevos gefes del Estado y del sacerdocio en Oriente tenian las cualida-

des mas á propósito para hacer olvidar el desenfreno ó ignominia de sus predecesores.

Si las continuas emigraciones de Europa llevaban muchos vicios al Oriente y muchísimos excesos capaces de escandalizar á los infieles, tambien ofrecian á menudo virtudes tan inaccesibles bajo todos conceptos á la corrupcion á que arrastra el tumulto de las armas, como dignas del primer móvil que las habia puesto en accion. Así se mostró Eustaquio, conde de Bolonia, á quien se habia invitado á tomar la corona de Jerusalem, que ya se habian ceñido sus dos hermanos Godofredo y Balduino I (1). Aunque á su pesar, habiase puesto en camino para este efecto; pero habiendo sabido en él que estaba ya coronado Balduino de Burgo, «Dios me libre, dijo al punto, de llevar la discordia á un reino que mi familia ha establecido sobre la paz de Jesucristo, y por el que mis hermanos de eterna memoria han derramado su sangre;» y sin detenerse, por mas que se le dijo, regresó á su casa.

Mientras la Europa cristiana, y en especial la Francia, llamada tan justamente el reino de los cristianos, seguia aumentando sus esfuerzos en favor del Oriente, hubo tambien hombres llenos del espíritu de Dios y comparables á los antiguos Patriarcas que se esforzaban por todas partes y á un mismo tiempo en repoblarla de Santos de uno y otro sexo. A ejemplo de Roberto de Arbrisel, sus discípulos Bernardo de Abbeville, Vidal de Mortain y Raoul de la Fustaye, hicieron conversiones innumerables con el santo fervor de su elocuencia, y mucho mas aun con el ejemplo maravilloso de su abnegacion y de su vida enteramente angelical. Despues de haber adquirido en la soledad las verdades eternas y la uncion del Espíritu Divino, salian de ella como otros tantos

Elias ó Juanes Bautistas, y se dispersaban por los lugares habitados de todas la provincias, caminando con los pies descalzos, comiendo pan de avena ó legumbres grosas, bebiendo muy rara vez vino, y no tomando mas que el descanso necesario á la naturaleza sobre un poco de paja. Tras sí arrastraban numerosa multitud de personas de todo sexo, de todas edades y condiciones, clérigos, legos, mugeres casadas, viudas y doncellas. Muchos luego que los escuchaban, rehusaban tornar á separarse de ellos; y practicaban á porfia la austera penitencia de que les presentaban el modelo en sus propias personas.

A fin de prevenir los desórdenes que podian introducirse entre personas de diferente sexo, y para confundir las sospechas que bien pronto afectó la malignidad, buscó Roberto un retiro proporcionado para fijar á sus oyentes que mas asistian, con separacion absoluta de los dos sexos (1). Descubrió en los confines de Anjou y del Poitou una tierra toda cubierta de espinas y abrojos, que bien pronto obtuvo de los propietarios: en ella levantó por el pronto cabinas, un oratorio, y un buen cercado de que rodeó la habitacion de las mugeres destinadas principalmente á la oracion. Los hombres ocupados en trabajar para la comunidad, y los clérigos empleados en el oficio divino, vivian juntos con perfecta concordia y con ejemplar modestia; y no se daban otro nombre que el de pobres de Jesucristo, porque efectivamente no vivieron al principio sino de lo que les remitian voluntariamente los caritativos vecinos, no obstante que muy en breve les dieron tierras con que proporcionarse la abundancia. Pedro, obispo de Poitiers, protegió este establecimiento, y el Pontífice Pascual le confirmó (1106), reservando al obispo la debida

(1) Guill. Tyr. lib. 13, cap. 3.
B. del C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

(1) Vit. cap. 3, ap. Bolland. 25. Febr.

reverencia, esto es, según el estilo del tiempo, dejándole sometido á la jurisdicción episcopal (1).

Aumentábase indeciblemente el número de personas que abrazaban este instituto, y deseando Roberto dar á su institución la estabilidad conveniente, consiguió levantar en Fontevault dos grandes monasterios, uno para los hombres y el principal para las mugeres, á quienes concedió toda la autoridad. Poco despues fué necesario establecer otros en muchas provincias por el modelo de este y bajo su dependencia. Presentábanse á millares los prosélitos, y el caritativo fundador á ninguno desechaba; pecadores y pecadoras públicas, hasta leprosos, nobleza y populacho, todo le era igual con tal que tuviesen afecto sincero de penitencia, y se sometiesen á los sábios reglamentos que dió para evitar la comunicacion contagiosa tanto de los cuerpos como de las almas.

Entre las personas ilustres que tomaron el velo, cuéntase á la célebre Bertrada, que convirtió su palacio de la alta Bruyera, diócesis de Chartres, en casa de penitencia, donde no omitió nada de cuanto fué necesario para reparar el escándalo de su matrimonio adulterino (1115). La primera abadesa de Fontevraul fué Petronila de Craon-Chemillé, á la que eligieron no tanto por su ilustre nacimiento como por su inteligencia y esperiencia en los negocios, porque juzgaron que una muger acostumbrada en el mundo á observar los hombres y las circunstancias, seria mas al caso para un gobierno tan dilatado y tan complicado, que una doncella encerrada desde su primera juventud y ejercitada tan solo en cantar salmos ó en meditar las verdades del Evangelio. En la dependencia en que el bienaventurado Roberto puso á los religiosos con respecto á las religiosas, señaló á estas

(1) *Gall. Christ. tom. 4, pag. 409.*

por modelo á la Madre de Dios, y á aquellos á San Juan Evangelista que recibió orden de Jesus, muriendo en la cruz, de mirar á Maria como su madre. Quiso en consecuencia que todas las iglesias de su orden se consagrasen á la Santísima Virgen Maria con un oratorio en honor de San Juan.

Roberto no tomó nunca el dictado de abad, ni de don ó de señor; pero no dejó de gobernar por sí mismo su orden, hasta que debilitadas sus fuerzas con los trabajos y las austeridades, cayó en una enfermedad que le hizo presentir su último fin; y hasta entonces tampoco nombraron abadesa ó superiora general de Fontevault á Petronila. Sin embargo del estado de decadencia de su salud, todavía pasó Roberto desde Fontevault á Chartres, á restablecer la paz entre el conde y los canónigos, que le llamaban en auxilio de aquella iglesia desolada. Despues de haberlos reconciliado efectivamente y contra toda esperanza, su infatigable caridad le llevó hasta Berri á su monasterio de Oursan, donde murió en 25 de febrero de 1117.

Se han empeñado algunos en denigrar ó ridiculizar el celo de este hombre apostólico para con el sexo femenino; pero los avisos que le dieron algunas personas de consideracion, como Marbodo, obispo de Rennes, y Geofredo, abad de Vandoma, no exigen respuesta, porque no estriban sino en esos discursos vagos é inciertos rumores que la malignidad ha esparcido en todos tiempos, aun contra los directores mas irrepreensibles, y así no aminoraron en nada el aprecio que haciañ de aquel hombre extraordinario. No necesitan los detractores de toda santidad pretextos mas plausibles para que se esciten sus necias y sacrilegas ironías; y por lo mismo no intentaremos tampoco contestar á esta clase de gentes, siendo nuestro objeto la convicción de las almas religiosas, y no la estéril confusion de los blasfemos.

Las turbulencias que Roberto de Arbrisel estinguíó en la iglesia de Chartres, eran efecto de la oposicion del conde á la instalación de Geofredo, juzgado canónicamente digno de suceder á Ivon. Este santo y sabio prelado, que habia sido mucho tiempo la gloria de la Iglesia de Francia, murió según el Martirologio de su catedral en 23 de diciembre de 1116. Dejaron una impresion tan duradera la veneracion y las pruebas de sus virtudes, que el Papa San Pio V en el siglo XVI permitió á los canónigos de Letran el que le diesen culto público. Los monumentos que nos quedan de su doctrina dan inmortal testimonio de su incomparable superioridad, por lo menos sobre los canonistas de su siglo. Firme y moderado á un mismo tiempo en su celo, defendió con valor los derechos del sacerdocio, sin ofender nunca los de la corona. Hablando á favor de las verdaderas libertades de la Iglesia en el punto de las investiduras tan mal entendido por otros, su ingenio exacto y penetrante hizo la debida distincion entre el abuso y la cosa, y entre una dispensa concedida con prudencia y sabiduria, y una cobarde conivencia. Además del decreto de Ivon de Chartres tenemos gran número de cartas suyas, preciosos monumentos de la disciplina eclesiástica y de la historia de su tiempo.

San Bernardo de Abbeville, mas frecuentemente llamado San Bernardo de Tiron, tomó este nombre de la célebre abadía que fundó en la Percha. Aplicóse primeramente á las ciencias con mucho fruto este insigne varon; y despues, estimulado del deseo de una vida mas perfecta, abandonó su familia que vivia en Ponthieu, y se retiró al monasterio de San Cipriano en Poitou, donde no tardó en adquirir por sus virtudes una estimacion, que á pesar de su repugnancia hizo recaer en él el gobierno de la casa con el título de abad. Pero Ponce, abad de Clu-

ny, que se arrogaba fastuosamente el título de archi-abad, queriendo sujetar la abadía de San Cipriano, dió bien pronto ocasion á Bernardo para satisfacer su modestia, abdicando la dignidad bajo el pretexto de no dejar menoscabar los derechos de una institución libre hasta su tiempo. Asocióse entonces á los trabajos apostólicos de Roberto de Arbrisel y fué á predicar á Normandía, combatiendo con toda la intrepidez necesaria el amancebamiento de los clérigos que allí se casaban descaradamente. Corrieron entretanto sus religiosos á buscarle con cartas del obispo de Poitiers, y le rogaron que pasase á defender sus inmunidades á Roma, cuyo penoso viaje le fué preciso emprender hasta dos veces por la obstinada insistencia de los monges, ó mas bien del abad de Cluny, yendo las dos veces en un asno y con un mal vestido de ermitaño, y por dos veces el humilde mediador triunfó del fausto y opulencia intrigante del pretendido abad de los abades. En recompensa pidió al Papa permiso para dejar su cargo, lo que obtuvo con mucho trabajo y con el objeto de continuar sus tareas apostólicas.

Por fin, algunos discípulos fervorosos que de nuevo se unieron á él, le obligaron á edificar su monasterio de Tiron en la tierra que les dió Rotrou, conde de Percha (1), é inmediatamente se trasladaron á él en gran número. Estos hombres, muertos enteramente al mundo, no conservaron nada de los usos del tiempo y de los lugares, ni aun del vestido ó del color adoptado por los otros monges. Estaban vestidos de un paño tosco, de pelo largo y un color gris ahumado, y de una forma rara y enteramente desconocida en el país. Algunas gentes de la comarca se figuraron, y bien pronto se estendió la voz, de que eran sarracenos que habian ido por

(1) *Vit. S. Bern. Tir. cap. 7.*